

La zona del vacío: desplazamientos y recorridos en la ficción colombiana contemporánea

Void Spaces: Displacements and Journeys in Contemporary Colombian Fiction

Andrea Fanta Castro

Florida International University
afanta@fiu.edu

Las producciones culturales colombianas de las últimas décadas representan en muchos casos la alienación experimentada a partir de la globalización del neoliberalismo. A través de un recorrido por producciones culturales como *La gente de la universal*, *La estrategia del caracol*, *Angosta*, *Rosario Tijeras*, *La virgen de los sicarios* y *La multitud errante*, este ensayo presenta una muestra de las devastadoras consecuencias del narcotráfico como negocio que ha financiado las últimas décadas del conflicto interno colombiano. Las producciones mencionadas son tomadas como síntoma del exceso, de la exclusión social, de la fragmentación del Estado, del desencanto y de la entropía del espacio urbano, en lugares que pueden ofrecerlo todo y nada a la vez.

Palabras clave: Colombia, *La gente de la universal*, *La estrategia del caracol*, *Angosta*, *La multitud errante*, *Rosario Tijeras*.

Colombian cultural productions of recent decades represent in many cases the alienation experienced from the globalization of neoliberalism. This essay presents a sample of the devastating consequences of drug trafficking as a business that has financed the last decades of the Colombian internal conflict through productions such as *La gente de la universal*, *La estrategia del caracol*, *Angosta*, *Rosario Tijeras*, *La virgen de los sicarios* and *La multitud errante*. These are taken as a symptom of the social exclusion, the fragmentation of the State, and the entropy of urban space, in places that can offer everything and nothing at the same time.

Keywords: Colombia, *La gente de la universal*, *La estrategia del caracol*, *Angosta*, *La multitud errante*, *Rosario Tijeras*.

La producción cultural colombiana de los últimos 30 años en lugar de señalar el desarrollo del espacio urbano, se centra, sobre todo, en la destrucción de este, o se instala en la historia también destructiva de la nación, para leer los procesos de desplazamiento del campo a la ciudad dentro del contexto de la violencia generada con el auge del narcotráfico. Encontramos, pues, una proliferación de historias que buscan representar las grandes ciudades a través de diversas estrategias, que van desde la idealización del pasado en comparación con un presente caótico y moribundo, la vida anodina de un sujeto de clase alta, la fuerza del mal y el hiperrealismo, la ciudad futura en constante estado de sitio, etc. Todos estos modos de representación se refieren a los territorios reales y a los imaginarios por cuyos intersticios se cuela la violencia, la historia y la coyuntura social.

Estas narrativas no ocurren en un vacío. Los contextos políticos y económicos que rodean la escritura como el narcotráfico, el crimen, la violencia, la ineficacia del Estado, los patrones inequitativos de distribución, la restricción democrática, entre muchos otros, aparecen en las novelas como posibles síntomas que articulan la violencia del pasado y del presente.

Para Marco Palacios y Frank Safford, Colombia es un país de ciudades, un país fragmentado desde antes del Bogotazo en 1948¹. A mediados de la década del cuarenta, y como sucedió en la mayoría de las naciones latinoamericanas, se incrementa el crecimiento demográfico y urbanizador, acompañado de una industrialización débil. A mediados del siglo XX, el éxodo acelerado del campo a la ciudad, el advenimiento de la agricultura capitalista y el fracaso de las reformas agrarias, se concatenaron en la colonización de tierras a manos de los campesinos.

La fragmentación social de Colombia reconoce en su historia las condiciones geopolíticas, sociales y económicas que han impedido una cohesión entre las diferentes regiones, etnias y clases sociopolíticas. Para Palacios y Safford, desde una perspectiva geográfica, la población colombiana, desde antes de la conquista española, ha estado dividida en tres grandes regiones: el oriente, el occidente y la costa Caribe. La división coincide con que los Andes colombianos no forman una sola cadena montañosa, sino tres imponentes cordilleras que se forman casi en la frontera con el Ecuador.

Más allá de una teoría geográfica determinista, esta ramificación de los Andes ha impuesto una barrera física en términos de comunicación y transporte entre las tres regiones del país. Dicha división distingue a Colombia de otros países latinoamericanos dado que

“Colombia no ha tenido ninguna característica topográfica de tipo centralizador. Históricamente Bogotá ha dominado

¹ Al 9 de abril, fecha en la que el candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán murió asesinado, y a los sucesos violentos posteriores, se le conoce con el nombre del Bogotazo. Gaitán fue asesinado en las inmediaciones del Palacio Presidencial en pleno centro de Bogotá y esto generó el levantamiento del pueblo que culpaba al gobierno conservador. Bogotá quedó semidestruida después de los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y el pueblo.

el terreno político, enfrentando desafíos y teniendo que compartir el poder económico con rivales importantes de otras regiones” (Palacios y Safford 21).

Así en el siglo XIX, Colombia no tenía grandes ciudades sino numerosos pueblos medianos casi incomunicados. Pero no fue sino hasta 1870 que esta fragmentación encontró su expresión política formal en el federalismo. Para este momento el café ya era el principal producto de exportación nacional. Sin embargo, 30 años después, entrado el siglo XX, las principales ciudades como Cali, Medellín y Bogotá, seguían casi incomunicadas.

El desarrollo ferroviario se produjo lentamente debido a que la nación se vio sumergida en guerras fratricidas que absorbían todos los fondos. Cuando el modelo colonial colapsó, algunas ciudades perdieron su dominio comercial y surgieron aquellas que estaban mejor comunicadas, ya fuera con los puertos, o con otras ciudades productoras de bienes para el comercio, la importación y la exportación.

Según Kalmanovitz, la entrada de Colombia en el siglo XX se dio en medio de la hegemonía conservadora (1898- 1930), con modelos económicos y sociales anquilosados que restringían la participación social, propugnaban la oligarquía y protegían el poder eclesiástico. En la política, después de la hegemonía conservadora a principios de siglo, vino el regreso de los liberales con la elección de Enrique Olaya Herrera en 1930. El período liberal se extendió hasta 1946. Con dieciséis años en el poder, a esta época se le conoce también como el período de la Hegemonía Liberal.

Para mediados del siglo XX, la capital colombiana ya tenía las características de una ciudad capital latinoamericana. Dentro del imaginario colectivo de los ciudadanos bogotanos y colombianos en general, el quiebre social y político de mediados del siglo XX tiene fecha y hora: el 9 de abril de 1948. En esta fecha, el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán fue asesinado a la 1:05 de la tarde. En este momento se funda el período conocido como “La Violencia”, que termina con el Frente Nacional en 1958.

Con la muerte de Gaitán, el pueblo, que tenía sus esperanzas puestas en el cambio de dirección de la política nacional, quedó completamente derrotado. El momento para llevar a cabo una revolución social desde abajo pasó sin que nadie representara la voz del pueblo. Las soluciones se tomaron a puerta cerrada en los más altos rangos, reduciendo la democracia, y como consecuencia última se estableció el Frente Nacional que terminó en 1974. Este sistema de alternancia de los partidos hegemónicos legitimó la exclusión de otros partidos en aras de contener la violencia desatada.

El descontento social se incrementa al ver diluidas las posibilidades de cambio y se polarizan las posiciones políticas. Surgen entonces entre 1962 y 1966 las principales organizaciones guerrilleras como respuesta a la restricción democrática (Palacios y Safford 645), luego el paramilitarismo y, para cerrar con broche de oro, el auge del negocio más lucrativo de la historia: el tráfico de narcóticos.

Comparativamente, Colombia no tuvo grandes olas migratorias europeas en los siglos XIX y XX, como sí las hubo en otros lugares latinoamericanos en donde se ha tenido una arraigada tradición de intercambio con las naciones más industrializadas de Europa. No obstante, las masivas migraciones dentro de la nación misma son las que han tenido un fuerte impacto en la conformación de la sociedad urbana y la destrucción social en los territorios rurales del país.

Debido a diferentes motivos, pero entre ellos la violencia el más significativo, Colombia reporta un altísimo índice de desplazados internos². Estos son fundamentalmente poblaciones campesinas que se ven obligadas a dejar su terruño, huyendo de la violencia. Es decir, mientras la guerra se territorializa, los campesinos deben abandonar sus tierras para internarse usualmente en los espacios urbanos como nómadas despojados, siendo objeto de la marginalización de la sociedad urbana establecida. Este fenómeno hace que los inmigrantes tengan que luchar para sobrevivir en la ciudad, mientras esta se comporta de manera hostil frente a los recién llegados.

Es común que aparezcan choques entre las clases asentadas tradicionales y los campesinos despojados de todo, dado que las condiciones laborales son muy precarias o simplemente inexistentes y porque, además, los habitantes ciudadanos perciben a los desplazados como invasores de su espacio-ciudad.

Desde 1997 no volví al campo. Es muy triste no tener derecho a ir al lugar donde estuve siempre, donde conviví siempre, donde derramé el sudor de mi existencia. En la finca viví desde los 17 hasta los 54 años. Crié ocho hijos, los metí a la escuela con lo que me daba la tierra ... Ahora estoy aquí, en calidad de miserable, a la espera de un mercado o de un almuerzo, sin nada que hacer, sin poderme ir para la finca. Además de todo esto, de sentirme con hambre, abandonado, es más fuerte la rabia que produce esta humillación que siente uno como campesino honesto, como gente buena. Es una humillación a la que no veo qué nombre ponerle (Palacios y Safford 574).

De esta forma, la fragmentación social colombiana se debe fundamentalmente a un problema socioeconómico, de división marcada de clases, adscrito a la historia geopolítica, porque como dicen Palacios y Safford, Colombia es un país de una "alta movilidad geográfica y baja movilidad social" (551).

La novela de Albalucía Ángel, *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1985) retoma los acontecimientos del Bogotazo y además aborda el tema del desplazamiento rural:

² A pesar de que los acuerdos de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC se firmaron en noviembre de 2016, a mediados de 2017 Naciones Unidas emitió un reporte donde se anuncia el crecimiento del desplazamiento forzado en las regiones con un alto índice de comunidades indígenas y negras.

Mi nombre de pila es Teófilo Rojas, y voy a contarles entonces la manera cómo tuve que vivir, siendo todavía muy muchacho y por allá desde el año de 1949 o 50, cuando vivía al lado de mis padres, en una finca que llamábamos La Esperanza, de propiedad de mi padre ... y recuerdo mucho a un tal Ricardo Prieto, que aprovechando mi pendejada y miedo por lo muchacho, me proponía que me volviera de cachiporro a godó; me decía que así viviría tranquilo y sin faltarme nada, y en cambio si no aceptaba lo que me proponía que entonces me mataban, y que eso lo hacían con todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, y como mataban, insultaban, robaban, violaban y hacían tantas cosas por lo que éramos liberales ... fue como me resolví a largarme de cerca de esas gentes tan malas, a ver si así evitaba morir por fin en sus manos (137).

De forma casi mimética, esta cita es una especie de reflejo fiel de lo que cuenta el testimonio de un desplazado a fines de los noventa. Como si el tiempo no hubiera pasado, o como si las circunstancias se repitieran, el fenómeno del desplazamiento interno y del desarraigo tienen una línea de continuidad desde antes de los años cincuenta.

Cuando se desploma el precio del café, surge el narcotráfico y con él, el cartel de Pablo Escobar como

la combinación de dos organizaciones: una de tipo militar, encargada de imponer el orden mafioso a otros narcotraficantes y a los agentes del Estado; y otra comercial, dedicada al tráfico de drogas prohibidas ... incluidas las fachadas legales del lavado del dinero ... y de protección política, en un ámbito clientelar y populista (Palacios y Safford 656).

Con los asesinos a sueldo financiados por el narcotráfico surge un nuevo sistema económico y social donde ya no hay sujetos sino cuerpos comerciables y potenciales consumidores. Las grandes masas marginales encuentran una fuente de empleo, por ello es posible afirmar que los carteles de la droga crean sistemas populistas y clientelistas.

La narrativa colombiana da cuenta de estos nuevos modos de vivir en la ciudad y participar del mercado (desde los márgenes) a través de lo que ya puede ser un subgénero narrativo: la *Sicaresca* (Ayala Poveda 401). Más que un estilo, la *sicaresca*, o las novelas que representan a estos "escuadrones de la muerte", es una categoría temática que ahonda en la experiencia de estas personas que cumplen con una función importante dentro del narcocapitalismo. Tanto *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, como *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco, abordan el problema del sicariato en Medellín. Los sicarios hacen parte de las clases menos favorecidas y el sicariato ofrece muchísimo dinero en muy poco tiempo dado el alto riesgo de la actividad criminal.

En la novela de Jorge Franco, la protagonista es Rosario, una sicaria que, por razones del destino, mantiene una relación amorosa con Emilio, un joven de la clase alta. La desigualdad social y los sentimientos que rodean esta situación quedan expuestos cuando Rosario hablando de la familia de Emilio dice:

La familia de Emilio pertenece a la monarquía criolla, llena de taras y abolengos. Son de esos que en ningún lado hacen fila porque piensan que no se la merecen, tampoco le pagan a nadie porque creen que el apellido les da crédito, hablan en inglés porque creen que así tienen más clase, y quieren más a los Estados Unidos que a este país (58).

En estas narrativas las fronteras simbólicas dentro de la ciudad determinan los lugares donde se vive, donde se circula y donde se trabaja. Esta fragmentación queda en evidencia cuando Antonio, el mejor amigo de Emilio (y eterno enamorado de Rosario) visita el sector donde ella nació y creció:

“La parte de la ciudad que le tocó a Rosario me impactó tanto como a ella la parte mía, con la diferencia de que yo no pude compararla con ningún Miami, ni con ningún otro sitio que conociera. –Por si no sabías, esto también es Medellín– me dijo el día en que me tocó acompañarla” (48).

En el caso de Medellín, la población marginal vive en los cerros que rodean la ciudad, mientras que la clase alta y media alta, vive en el valle. El hecho de que sea Rosario la que le recuerde a Antonio que la comuna también hace parte de Medellín, devela la opinión de las clases establecidas con respecto a los asentamientos marginales dentro de la ciudad.

En *La virgen de los sicarios*, Fernando, un hombre mayor, regresa a Medellín después de varios años de vivir en el exterior para reencontrarse con su historia y encontrar un lugar para morir. De su antigua Medellín, o por lo menos la que él recuerda, escasamente quedan algunas edificaciones. El orden social con el que se encuentra es inevitablemente otro. La novela no da indicaciones exactas acerca de cuándo ocurre este regreso, pero sí ofrece indicios que permiten determinar que es después de 1993 tras la muerte de Pablo Escobar y durante el gobierno de Ernesto Samper entre 1994 y 1998.

Por razones fortuitas Fernando conoce a Alexis, un joven que trabaja como sicario y que ha quedado abandonado a su propia suerte con la ya mencionada muerte de Escobar. Entablan una relación amorosa hasta que Alexis muere a manos de otro sicario. Fernando sufre con la muerte de su niño, como él mismo lo llama, pero lo reemplaza prontamente con Wilmar, otro joven sicario. Eventualmente Fernando se entera que Wilmar es el asesino de Alexis, pero como las vidas de estos jóvenes terminan siendo terriblemente cortas, Wilmar muere también asesinado por otro sicario. Cuando Fernando reconoce el cadáver de Wilmar en la morgue del hospital, se despidió de él y también del lector.

Estas dos novelas comparten entre sí la interacción entre clases sociales, dado que los sectores populares encontraron en el narcotráfico una forma para ganar dinero y lograr acceder al consumo de las clases privilegiadas. Por lo tanto, estas novelas ofrecen una mirada que parte del centro hacia la periferia. Las historias tienen el punto de vista de los personajes de clase alta en momentos donde la movilidad social se hizo más fácil gracias al dinero que circulaba por el narcotráfico.

Las comunas de Medellín tienen su reflejo en barrios como Ciudad Bolívar en Bogotá. En estos sectores marginales habitan miles de personas que no encuentran forma de insertarse en la economía nacional y que se ven obligados a recurrir al crimen organizado, a la delincuencia común o a vivir de las limosnas. Después del Bogotazo, la élite bogotana empezó a mudar sus residencias hacia el norte, dejando atrás las viejas casonas del centro. Los múltiples disturbios hicieron del centro de la ciudad un lugar poco propicio para vivir. Las propiedades abandonadas fueron siendo ocupadas y Bogotá comenzó un rápido crecimiento hacia todos los puntos cardinales, en particular hacia el norte y hacia el occidente.

La gente de la universal (1993), dirigida por Felipe Aljure, es una producción cinematográfica realizada conjuntamente entre Colombia, España y Bulgaria, exhibe otra mirada de la vida bogotana desde la perspectiva de una agencia de detectives. Mezclando lo dramático y lo cómico, el filme se mete en el submundo de la delincuencia, el chantaje, el rebusque, la cárcel y las producciones pornográficas.

El detective es el sargento retirado Diógenes Hernández, quien es contratado por Gastón Arzuaga, un español detenido en una cárcel colombiana, para que vigile a su amante Margarita, una actriz porno. Gastón aparentemente ha estado vinculado con la producción pornográfica y de allí que conozca a la protagonista de las películas. Dado que se encuentra en la cárcel, su esposa y su suegra viajan desde España para sacarlo de allí.

Por su parte, el detective tiene su oficina en casa donde vive con Fabiola, su esposa. El detective trabaja con su sobrino Clemente, quien sostiene una relación amorosa con Fabiola, su tía política. A partir de la estructuración de los horarios de vigilancia, se concatenan todos los eventos y Diógenes termina enredándose con Margarita, la actriz porno, al mismo tiempo que Clemente mantiene su relación con Fabiola. Gastón, al comprobar la infidelidad de Margarita, contrata a un sicario desde la cárcel para que aniquile al amante, pero Diógenes ya se ha enterado de las infidelidades de su mujer y, por eso, le presenta a Gastón pruebas falsas que incriminan a su sobrino con la actriz. El sicario le dispara a Clemente, pero, además, Gastón también decide desquitarse de Margarita por infiel. Al final, mueren Margarita y Diógenes en lo que aparenta ser un crimen pasional, a causa de los disparos de un sicario contratado por Gastón.

La mirada del director se dirige en parte, y a través del sicariato, a los modos de vivir en la ciudad que desestabilizan las estructuras morales y tradicionales e impugnan la realidad social en términos de subempleo, y de inequidad económica.

Por medio de figuras como el detective, el celador, el portero, el mendigo e incluso de los mismos clientes de la agencia se nos muestra una vida casi miserable en un entorno hostil e individualista. El filme solo enseña dos casos que han llegado a la agencia de detectives: el primero, un patético caso de búsqueda de un perro perdido, y el segundo, el del seguimiento a la actriz. Sin embargo, se puede intuir que la mayoría del trabajo que recibe la agencia se asemeja al caso del perro, haciendo de la vida de los detectives, una vida miserable, sin significado y sin esperanza donde no queda ni rastro del detective apuesto que se regodea con mujeres hermosas y que resuelve casos con cierto nivel de importancia.

Dos décadas después, se publica *Angosta* (2003) de Héctor Abad Faciolince, y en esta novela las fronteras dentro la ciudad son llevadas al extremo. Como alegoría de las fronteras simbólicas de una ciudad moderna que podría ser Bogotá o Medellín, *Angosta* tiene un *check point* que corta el flujo de personas entre las zonas más favorecidas de la ciudad. Estas fronteras que aparecen como simbólicas en el cuento de Santiago Gamboa "La vida está llena de cosas así", aquí cobran cuerpo y se materializan.

Después de unos atentados terroristas, ha comenzado el nuevo milenio y un librero ojea un libro de historia:

Desde hace treinta y dos años Angosta no es una ciudad abierta; nadie está autorizado a desplazarse libremente por sus distintos pisos ... La ciudad fue dividida con nítidas fronteras: el Sektor F, correspondiente al Llano del Paraíso, en Tierra Fría, con paso restringido; el Sektor T, el verdadero centro de Angosta, a todo lo largo del estrecho valle del Turbio, en la antigua zona cafetera; y el Sektor C, en algunas laderas de la orilla occidental del río, en Tierra Templada, pero sobre todo al pie y alrededor de Salto de los Desesperados, en Tierra Caliente (24).

Los sectores corresponden al clima de cada fragmento de la ciudad: Frío, templado y caliente. Esta división se asemeja a la forma discursiva que se utiliza en Colombia para hablar de las condiciones climáticas de cada región que permanecen estables dado que no hay estaciones por la cercanía geográfica a la línea del Ecuador.

En *Angosta*, la división climática también corresponde a la estratificación social, pues la clase alta, o "dones" como se les llama en la novela, viven en el Sektor F o Paraíso, mientras que las masas marginales, o "tercerones" habitan en el Sektor C. Si bien es cierto que esta estratificación puede parecer fantástica, extremista y hasta ridícula, de fondo podría leerse un interés en evidenciar los márgenes simbólicos que existen dentro de las ciudades estratificadas. Hoy en día Bogotá está dividida en 6 sectores que corresponden al nivel socioeconómico de los habitantes. En teoría, esta estratificación busca ayudar a los menos favorecidos ajustando los impuestos con relación a los ingresos. No obstante, cada vez más, la sociedad se va agrupando, como en Angosta, en los sectores que su presupuesto les permite adquirir una vivienda, cavando aún más las diferencias entre cada estrato.

De un modo quizás similar, Santiago Gamboa describe a la capital también como una ciudad sitiada en *El cerco de Bogotá* (2003). En esta novela corta, la ciudad está en guerra y esto le da un matiz ruinoso y entrópico, mientras que, en *Angosta*, la guerra ya ha terminado. En el cuento de Gamboa la guerra se ha territorializado por completo en la ciudad y todos los flujos han quedado truncados. Lo que leemos es la ciudad ficticia alegorizando a la nación real, donde la competencia por establecer la hegemonía y control territorial ha dejado a la metrópolis destruida. Los únicos que se establecen dentro de la ciudad son los periodistas extranjeros e instituciones como la Cruz Roja. En otras palabras, mientras los colombianos se disputan el país, las empresas extranjeras se posicionan sin que los implicados en la guerra se den cuenta de que tal vez el control ya lo han ganado los foráneos.

Posiblemente la Bogotá sitiada de Gamboa devenga la Angosta de Abad, porque la guerra de Gamboa no parece que pueda llegar a un fin. Es una visión apocalíptica donde no hay refugio, sino un absoluto abandono. Lo mismo ocurre con Angosta, porque no hay forma de trasgredir la constante vigilancia. En Angosta, el Estado se convierte en un gigante que todo lo controla y lo vigila, una especie de Gran Hermano, mientras que, en *El cerco de Bogotá*, el estado completamente desestabilizado cambia su sede a Cartagena y se podría suponer que pierde por completo y para siempre el territorio cercano a Bogotá.

La multitud errante (2001) de Laura Restrepo se aproxima al tema del desplazamiento forzado mediante su protagonista, Siete por Tres, hijo de la guerra en el campo, perdido en el tiempo, huérfano y sin nombre. Siete por Tres pierde a su madre adoptiva, Matilde Lina, y su búsqueda lo lleva por las cordilleras, los valles, los desiertos. La violencia se la ha arrebatado y es lo que lo lleva a errar desesperanzado, topándose a cada paso con una multitud de seres humanos desplazados que divagan sin rumbo fijo buscando un lugar en el mundo. La narradora de la novela es una mujer, también sin nombre, a quien Siete por Tres se refiere como "Ojos de agua" en referencia a sus ojos claros. Ella es una extranjera quien se encuentra en el país para trabajar en una ONG dedicada a los desplazados.

El lugar donde se encuentran tanto la narradora como el protagonista es un albergue adonde llegan las víctimas del desplazamiento forzado y, por ello, ese no es un lugar donde puedan permanecer, sino que, por el contrario, es un lugar de paso. Inclusive, en la novela se habla de este lugar como un limbo, o esa condición o estado intermedio. Cerca del albergue hay una fábrica de sebo y esto hace que el hedor putrefacto permee hasta el sabor de la comida.

Esto es quizás lo más interesante de la novela, este albergue, o lugar de paso adonde llega la multitud errante, el exceso que ha creado la violencia en Colombia y que no encuentra un lugar para sí, más que este no lugar con el olor putrefacto que lo contamina todo.

La representación de las ciudades como lugares sin cohesión social ni geográfica, estratificadas y llenas de fronteras simbólicas y reales, dejan entrever, de alguna forma, el síntoma que develan estas narrativas. Quizás

sean sintomáticas del pasaje del sistema moderno al triunfo del neoliberalismo que se impuso en Colombia como nuevo modelo económico a principio de los noventa con la administración de César Gaviria. Evidentemente no es una mera coincidencia temporal que estas narrativas surjan al mismo tiempo que se imponía dicho sistema.

Las producciones culturales colombianas de las últimas décadas son testimonio de la atomización de la experiencia urbana, pero también, de las fuerzas globalizantes del capitalismo. A través de la narrativa contemporánea se pueden leer las múltiples miradas que recibe la ciudad, haciendo de ella un significativo variable. La ciudad como microcosmos de la nación, como espacio cuyo significado está dado justamente por la mirada, por el deseo, por las experiencias propias y ajenas; espacio-lugar que se multiplica incesantemente.

Sin duda estos textos no señalan el fin de la fragmentación, ni el comienzo de una apertura política. Lo que sí señalan son las devastadoras consecuencias del narcotráfico como negocio que ha financiado las últimas décadas del conflicto interno colombiano. Son entonces narrativas-síntoma del exceso, de la exclusión social, de la fragmentación del Estado, del desencanto, y de la entropía del espacio urbano, en lugares que pueden ofrecerlo todo y nada a la vez.

Obras citadas

- Abad Faciolince, Héctor. *Angosta*. Bogotá: Seix Barral, 2004.
- Aljure, Felipe, et al. *La gente de La Universal*. Bogotá: Corporación Fondo Mixto de Promoción Cinematográfica, 1993.
- Ángel, Albalucía. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985.
- Ayala Poveda, Fernando. *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Panamericana Editorial, 2002.
- Alape, Arturo. *El Bogotazo: Memorias Del Olvido*. Bogotá: Editorial Planeta, 1983.
- . *La Paz, la Violencia: Testigos de la excepción*. Bogotá: Editorial Planeta, 1985.
- Franco Ramos, Jorge. *Rosario Tijeras*. Bogotá: Colección Grupo Editorial Norma, 1999.
- Gamboa, Santiago. *El cerco de Bogotá*. Bogotá: Ediciones B, 2003.
- Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio de Negret, y Ángela Inés Robledo. *Literatura y cultura: Narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación: Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Norma, 2003.
- Palacios, Marco, y Frank Safford. *Colombia: País fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2002.
- Polit Dueñas, Gabriela. *Narrating Narcos*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2013.
- Restrepo, Laura. *La multitud errante*. Bogotá: Seix Barral, 2001.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999.

UNHCR. "Forced Displacement Growing in Colombia Despite Peace Agreement". *Organización de las Naciones Unidas* (2017): s.p. Web 6 de marzo 2018. <<http://www.unhcr.org/afr/news/briefing/2017/3/58c26e114/forced-displacement-growing-colombia-despite-peace-agreement.html>. 2017>.

Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Punto de lectura, 2002.

